

Alejandro Romera

Guerrero

MIEDOS

PRÓLOGO

MIEDOS o la indecisión del ser
José Guadalajara

No es el chirrido siniestro de una puerta que se abre ni la mano a punto de posarse sobre el hombro en la oscuridad de un sótano; tampoco el grito desmesurado ni la estaca del vampiro clavada en el corazón. *Miedos*, además de un título sugerente, es una descarga de emociones que Alejandro Romera nos inyecta en una serie de veintisiete relatos que van despertando nuestra conciencia y desperezando nuestros aletargados impulsos. *Miedos* es una potente medicina contra la incomprensión, la intolerancia, la crueldad, el egoísmo, la enemistad, la carencia de escrúpulos, los remordimientos, la indecisión o la cobardía. En cada historia de este libro hay un mundo, un mundo dentro y otro fuera, porque el escritor se interna en los espacios íntimos del cerebro humano y los proyecta sobre unos personajes que respiran cotidianidad. Y en esa cotidianidad nos encontramos nosotros con una pistola en la mano, escribiendo la carta al padre que se nos fue, viajando a la ciudad sin esquinas o añorando plantar un huerto en los Pirineos. A veces, los miedos nos arrastran y nos hablan tan alto que no somos capaces de advertir siquiera el sonido del agua que, como un camino, pasa a nuestro lado. Alejandro Romera, empeñado en su compromiso con la vida y la sociedad, nos descubre en sus relatos el universo secreto de esos miedos, los instintos y las intenciones, y nos permite reflexionar sobre nuestras carencias más evidentes. Y lo hace con un estilo diáfano, en una narración que fluye con un pausado transitar por las misteriosas galerías de la imaginación, con un sigiloso rastreo de pasos por las estancias y los habitáculos de la racionalidad, pero también con un golpe de efecto que nos aguarda al final de cada historia. Esa parsimonia del narrador discurre, sin embargo, con una selectiva claridad de palabras y en una estructura muy bien diseñada, dispuesta para crear suspense. El autor sabe perfectamente cómo conseguirlo: somete a sus lectores a la tensión de las situaciones y las envuelve con papel de artefacto, pero se trata, sin duda, de un artefacto verosímil que conmueve por su patético realismo. Esto, por otra parte, no significa que Alejandro Romera deje de emplear elementos simbólicos y metafóricos al servicio de una intensa teatralidad, ya que *Miedos* nos ofrece siempre una lectura paralela y profunda que se mueve por debajo de la línea del argumento. El lector se encuentra así ante unos relatos —a veces, microrrelatos— en los que va descubriendo poco a poco las motivaciones de un personaje o los mecanismos psicológicos y sociales de una situación conflictiva. Desde ese mismo instante, surge la extrañeza y se suscita el deseo por conocer cuál será el desenlace. A veces le basta al autor con un simple esbozo para crear, ya desde el comienzo, una atmósfera de intriga que enmarcará todo el relato.

Abro los ojos y no veo nada. Todo está oscuro. Estoy tumbada, boca arriba, inmóvil, desconcertada. Siento un peso que oprime mi pecho, no me deja respirar.

«Mi cueva»

Miedos es un libro que, en cierto modo, complementa a *Kichay*, la anterior colección de relatos publicada por el autor, pero que, a diferencia de éste, profundiza más en el aspecto psicológico y en la raíz íntima de los deseos durmientes. *Miedos* es el miedo en estado de letargo. En cualquier momento puede despertarse.

QUIMERA

Fabián sufría una extraña patología. Desde bien pequeño, desarrolló un miedo irracional a las esquinas. Sus padres lo percibieron cuando comenzó a gatear. Si se acercaba a la mesita baja del salón con sus salientes amenazadores, se frenaba y la rodeaba manteniendo siempre una distancia prudencial. Si lo cogían en brazos y lo acercaban a algún objeto que presentara puntas, él se ponía blanco y comenzaba a llorar frenético. Su cuerpecito se retorció angustiado entre temblores —aseguraba su madre—, y el blanco no tardaba en volverse rojo. Una fobia, dijeron los psicólogos. Cuando crezca se le pasará.

Durante la adolescencia, comenzó a recortar las puntas de los folios para darles un aspecto más redondeado. E idéntico procedimiento siguió también con los libros. Primero con las cubiertas y luego, una a una, con todas sus hojas.

En su casa solo había mesas y sillas redondas. Las estanterías siempre acababan en uniones con otros estantes, nunca en punta. Su padre había limado cualquier esquina que presentaran los muebles. Incluso las puertas habían sido construidas a medida con los bordes suavizados. Una burbuja. En eso se convirtió su casa. Aunque en la calle todo era distinto.

La ciudad lo recibía con los brazos abiertos cada mañana pero él solo veía esquinas. Cientos de ellas. Miles. Fabián andaba angustiado todo el día con miedo a tropezar con alguna. Por si acaso, nunca se separaba de un pequeño bolso de rayas negras y blancas cuyo interior estaba lleno de gomaespuma, su única arma. O su único escudo, según se mire. En ocasiones, si no tenía más remedio que acercarse a alguna punta peligrosa, la forraba con gomaespuma y eso le hacía sentirse mejor.

A pesar de que nunca le habían gustado las corridas, consiguió trabajo en una plaza de toros. Allí se encargaba del mantenimiento y limpieza del ruedo. La perfecta redondez del coso le proporcionaba algo de calma lejos de la seguridad del hogar, aunque en realidad fuera su casa el único sitio donde conseguía relajarse de veras. En ausencia de esquinas, no tenía que estar concentrado en evitarlas. Y bien es verdad que en casa se relajaba, pero también se sentía vacío.

Y así pasó Fabián los primeros años de juventud. Hasta aquel encuentro.

Un amigo de la escuela lo visitó por sorpresa una mañana. Era hijo de una pareja de millonarios y nunca había tenido que preocuparse por el dinero, así que se había dedicado

a viajar por el mundo sin rumbo fijo. Sabedor de la extraña patología de su amigo, le contó que había conocido un país muy lejano en el que existía una ciudad sin esquinas. Fabián no dio crédito en un principio a lo que su antiguo compañero le decía. Pero este le aseguró que era cierto, incluso había hecho fotografías para demostrarlo. Por desgracia, el carrete se había velado y todas se habían perdido. No era necesario. Era tan bello que su amigo contaba que Fabián creyó sin fisuras cada una de sus palabras.

Y desde aquel encuentro, como es lógico, no pasó un solo minuto sin imaginarse aquel maravilloso paraíso.

Solo tres días necesitó para convencerse a sí mismo. No tenía sentido seguir perdiendo el tiempo en un lugar donde continuamente se sentía amenazado. Sus padres intentaron convencerlo de que no se marchara pero el destino que le esperaba era demasiado dulce. Tenía suficientes ahorros, así que dejó el trabajo y compró un billete hacia el país del que su amigo le había hablado. Estaba exultante.

El viaje en avión fue horrible. Una mujer sentada a su lado no paró de ojear una revista de la compañía aérea y, cada vez que pasaba una página, las esquinas de papel rozaban su brazo derecho. Tuvo que pedir a una azafata que le cambiara de asiento, incapaz de soportar las embestidas violentas de la revista.

Si el viaje en avión fue horrible, el resto fue aún peor. Una vez aterrizado, tuvo que tomar varios autobuses, un tren e incluso un burro. Aferrado a su bolso de rayas negras y blancas, se enfrentó a numerosos peligros. Tal vez sin la ayuda de la gomaespuma no lo hubiera conseguido.

Las indicaciones de su amigo eran algo confusas y el camino se hizo más largo de lo esperado. El viaje duró varios días. Pero finalmente llegó.

La ciudad sin esquinas. Allí estaba. Existía.

El gobernador de aquella singular población lo recibió con los brazos abiertos. Una sonrisa perfecta, blanca, reluciente. Le explicó que él sufría el mismo pánico, al igual que el resto de los habitantes. Al principio, hacía años, solo estaba él. Pero poco a poco fue construyendo la ciudad con la ayuda de personas que, al igual que el propio Fabián, padecían aquella extraña obsesión y habían acudido al escuchar la existencia de tan hermoso proyecto. Entre todos, habían conseguido construir la ciudad perfecta.

El gobernador le ofreció alojamiento durante unas semanas mientras encontraba un empleo y Fabián sintió que había encontrado por fin su destino.

Después de instalarse, salió a la calle y, por primera vez, paseó relajado a cielo abierto. La luz del sol lo inundaba todo. Ni una sola nube. Todas las personas con las que se cruzó parecían felices. Caminaban erguidos, en una postura hasta cierto punto antinatural, casi sin mirar al suelo. Sus ojos poseían un brillo especial. No tienen miedo, pensó Fabián.

Al principio le costó hacerse a la idea de que no había esquinas que amenazaran su tranquilidad. No tendría que preocuparse nunca más. Los edificios eran circulares, los techos tenían forma de bóveda. Mesas redondas, folios redondos. Las calles no se

encontraban en cruces, sino en rotondas. Ni un solo cuchillo en punta estaba permitido. Hasta los colmillos de los habitantes habían sido redondeados.

Al llegar la noche, Fabián regresó a la pensión donde se alojaría las primeras semanas. Aún no daba crédito a lo que estaba viviendo. Había encontrado un lugar donde quedarse. Por fin podría vivir sin miedo a golpearse con salientes traicioneros, junto a gente que lo entendía.

Sacó el pijama de la maleta y el tacto de la tela le hizo recordar su otra vida, antes de llegar a la ciudad sin esquinas, hacía ya una eternidad. Olió el pijama e inspiró el aroma del suavizante que había usado siempre su madre. Se lo puso despacio. Sintió la calidez de la tela deslizándose por su piel. Se metió en el baño y se lavó los dientes frente al espejo, mirándose a los ojos. Era ya tarde y los últimos días habían sido agotadores, necesitaba dormir.

Pero se metió en la cama y no pudo evitar sentirse extraño. La ciudad sin esquinas, lo que siempre había soñado. El lugar perfecto. Aquella noche, Fabián no pegó ojo.

Al amanecer, se dio una ducha fría, desayunó un par de rosquillas y organizó la mochila. Caminó hasta la estación y tomó el primer autobús de la mañana. Desde la ventanilla, aferrado como siempre a su bolso de rayas negras y blancas, observó cómo la ciudad sin esquinas se fue haciendo cada vez más pequeña hasta desaparecer por completo.

El viaje, al igual que ocurriera a la ida, se hizo más largo de lo esperado. Cuando días después llegó al aeropuerto, comprendió angustiada que era el momento, no podía alargarlo más. Solo un vuelo lo separaba ya de la ciudad —repleta de esquinas— en la que siempre había vivido. Si quería al menos intentarlo, tendría que continuar solo.

Dejó el bolso lleno de gomaespuma junto a una papelera. Se mareó. Sintió vértigo al comenzar a caminar sin él. Pero también sintió un ligero cosquilleo. Tal vez no fuese demasiado tarde después de todo.

ESCLAVOS

Feliciano Cruz se repasa el pelo con la mano, se coloca el cuello de la camisa y entra en la sala. El viejo espera sentado en una silla metálica. Un débil foco de luz lo ilumina desde el lateral clavando su sombra en la pared. Hace calor. Un ventilador cuelga del

techo. El sudor está impregnado en todas partes. Un espejo abarca una de las paredes casi por completo. Feliciano Cruz se mira en él. Después se gira y se sienta frente al viejo. Lo observa. Deja pasar el tiempo. No hace ninguna pregunta. Tras varios minutos en silencio, el viejo comienza a hablar. Despacio, con firmeza.

Lo cierto es que no sé cuándo fue la primera vez que sucedió, dice. La primera de la que guardo recuerdo fue una ocasión en la que tenía unos catorce o quince años, pero no podría asegurar que no ocurriera antes de aquella noche.

Yo era un mocoso que apenas empezaba a saber lo que eran las cosas. Ella me había invitado a salir al cine. Sara se llamaba, creo. En realidad eso no importa. Estábamos en el instituto y yo andaba que ni iba ni venía. Recuerdo de aquella época a mis padres machacándome con que tenía que pensar de una vez lo que quería estudiar, decidir lo que quería hacer el resto de mi vida. Y yo si ni siquiera sabía cómo dejarme el pelo.

Lo único que tenía claro eran mis ganas de besarla. La chica más guapa de la clase — o eso me parecía a mí— se había interesado en salir al cine con el empollón, el que siempre se sienta en primera fila y apenas habla con nadie. El raro, vamos.

Feliciano Cruz esboza una sonrisa sutil. Enciende un cigarro. Él nunca tuvo esos problemas. Sabe ganarse a la gente.

¿Por qué quiso invitarme a salir aquella noche?, se pregunta el viejo. No lo sé, quizá se percatase de mis miradas furtivas en clase y solo quería burlarse de mí. Quizá le gustaban los insociables. Tal vez le caí en gracia y solo pretendía pasar un buen rato.

Lo pasamos bien en el cine. O eso creo. Era una película de vaqueros en blanco y negro. Al salir, la acompañé hasta su casa.

Cuando llegamos a la puerta, no se veía luz dentro, sus padres debían de estar dormidos. Ella hizo como que se iba pero no se fue. En lugar de entrar en su casa, se quedó frente a mí, en silencio, sonriendo y haciendo círculos en el cemento con su pie. Y yo allí, mirándola como un pasmarote. Hacía frío.

Y lo único que quería era besarla. Pero no lo hice. Bueno sí. Es decir, sí la besé. Pero no fui yo.

No me atrevía a mirarla y ella empezó a impacientarse. Se había levantado algo de viento. Hacía más frío por momentos. Mis ojos buscaron un lugar donde refugiarse y desvié la mirada hacia el suelo. Lo que vi en aquel instante lo cambió todo.

Mi sombra había decidido aventurarse por su cuenta. Cansada de mi inseguridad, se había lanzado a besarla —bueno, a su sombra—, y ambas andaban enredadas en un apasionado beso. Parecían estar pasándose de lo lindo. Me quedé paralizado y tardé unos segundos en reaccionar. Me giré hacia Sara para ver si estaba viendo lo mismo que yo, pero solo vi su espalda alejándose. Volví a girarme con rapidez hacia el suelo y todo parecía haber vuelto a su orden. Su sombra la seguía escaleras arriba hacia el portal de su casa y mi sombra, como si nunca hubiera roto un plato, me miraba del mismo modo que yo la miraba a ella. Pensé en el beso que se habían dado a escondidas y sentí envidia. Yo no había sido capaz. Desconcertado, me fui para casa.

Feliciano Cruz le mira con atención. Como un autómatas, se peina y se recoloca el cuello de la camisa. Su interés por el relato ha ido creciendo. Al principio creía que sería solo una declaración rutinaria, pero su historia resulta sorprendente. El viejo apenas gesticula. De todos modos, las esposas no le dan mucho margen.

Los días que siguieron a aquel extraño encuentro, continúa el viejo, no dormí demasiado. No podía dejar de preguntarme si había sido real. Ella en clase no me dirigía la palabra así que no pude saber si también descubrió el desliz de nuestras sombras. Estaba solo en aquello.

Pero volvió a suceder. Supongo que solo era cuestión de tiempo. Un gamberro del cole —el Pancho— intentó quitarme el bocadillo una vez más. Hasta aquel día siempre había obtenido mi silencio como respuesta. Yo nunca me había negado a dárselo por miedo a que me soltara un buen golpe. Hasta aquel día, como ya he dicho. Justo cuando estaba a punto de sacar el bocadillo de mi mochila y entregárselo sumiso, descubrí de reojo — desde el incidente del beso no le quitaba ojo— cómo mi sombra no sacaba el bocadillo sino más bien se arremangaba la camisa para soltarle un puñetazo a ese capullo del Pancho.

Y eso es lo que hice. Tal vez por miedo a que alguien descubriese que mi sombra se me estaba rebelando. El puñetazo retumbó en todo el instituto. Me asusté, no voy a negarlo. La miré de reojo y vi que se mantenía firme en su posición mientras la sombra del Pancho huía, corría tapándose la cara con las manos.

Supongo que, llegados a esta altura, ya no creerá nada de lo que le estoy diciendo. Pero es cierto, se lo juro, no estoy inventándome ni una sola palabra.

Feliciano Cruz lo mira con seriedad. Se siente incómodo. Lo que el viejo dice no tiene ningún sentido pero parece real. Se enciende otro cigarro. Una pequeña cámara los graba desde una esquina. El viejo continúa.

Desde aquel día he adquirido la habilidad —qué remedio— de seguir a mi sombra con sigilo, sin que nadie perciba que soy yo quien la sigo y no ella a mí, como siempre debió ser.

Tengo que estar siempre atento. Ya me he acostumbrado, son muchos años juntos y cuando intenta jugármela, la imito con rapidez. Tal vez tarde una o dos milésimas de segundo en repetir sus movimientos, pero no más. Nadie se daría cuenta a simple vista.

Mi vida es difícil de describir. Me casé pero nunca quise a mi mujer. Conseguí un gran trabajo en una multinacional que siempre odié. Me convertí en corredor de fondo y gané alguna que otra carrera, con lo que me gusta a mí el sofá. Hice muchos amigos. Dinero, fiestas. Comencé a ser envidiado. ¿Quién me lo iba a decir, verdad?

Pero es mentira. Todo es mentira. Es ella la que decide. Al principio estuvo bien, no le voy a engañar. Pero después se convirtió en una maldición. ¿Nunca ha tenido la sensación de estar viviendo una vida que no es la suya?

Feliciano Cruz se gira hacia su derecha. Las sombras de ambos se proyectan en la pared. Observa la silueta del viejo, las manos encadenadas. Su sombra encorvada

contrasta con la suya propia, estirada, firme. La luz tenue confiere un aspecto cavernoso a la sala de interrogatorios.

No fui yo el que mató a mi esposa, se lo juro. Ni a mis padres. Ni a todas esas chiquillas. Yo no lo hice. Fue ella. Me obligó a hacerlo.

Feliciano Cruz se echa hacia atrás en la silla. Sonríe. Por un momento ha estado a punto de tragarse la historia del viejo. Parece mentira, un policía con su experiencia. Aspira una larga calada del cigarro y mira de reojo hacia el espejo que cubre la pared. El viejo parece adivinar sus pensamientos. Se incorpora todo lo que las esposas le permiten y comienza a hablar más fuerte.

Usted se ríe, ¿pero sabe lo que pienso? ¡No soy el único! ¡Allá fuera hay muchos más como yo! En el fondo es fácil. Es atractivo, ¿no cree? Muchas más personas de las que usted cree obedecen sin rechistar a su sombra. Estoy seguro. Tal vez ni siquiera ellas se den cuenta. Es difícil percibirlo.

Vuelve a dejarse caer sobre la silla. Resopla un par de veces, parece calmarse. Feliciano Cruz lo mira en silencio. Su sonrisa se ha esfumado, los ojos del viejo no parecen mentir.

Supongo que me espera la silla eléctrica, ¿verdad? ¿O tal vez cadena perpetua?

Quizá sea mejor si no me creen. Solo quiero descansar, ¿sabe? No voy a demostrarles mi inocencia, hagan lo que tengan que hacer conmigo. Estoy cansado.

El viejo se echa para atrás y cierra los ojos. Parece dar por terminada la declaración. Deja las palmas de la manos hacia arriba, sobre la mesa. El silencio se adueña de la situación. Feliciano Cruz se levanta. Hace un gesto hacia el espejo y uno de los guardias abre la puerta para que pueda salir de la sala de interrogatorio. Desde el umbral, se gira y observa al singular preso. Este levanta su mirada y deja escapar una última frase.

Lo único que les pido es que si deciden no matarme, al menos enciérrenme en una celda de castigo, por favor. Sin ventanas.

Horas después, Feliciano Cruz no puede dejar de pensar en esa última frase del viejo. Parecía sincero. Sabe que ha inventado todo para parecer loco, de ese modo tal vez pueda evitar la silla eléctrica. Pero esa extraña petición le mantiene inquieto. Una celda de castigo.

Feliciano Cruz termina su turno. Se quita el uniforme y se viste con la ropa de calle. Se retoca de nuevo el peinado y se marcha de comisaría. Pero en la puerta, decide darse la vuelta. Sabe que a estas horas no queda nadie en la sala de documentación. Entra con sigilo y busca la cinta sin hacer ruido. No tarda en encontrarla, al fin y al cabo es de hace solo unas horas. Enciende el televisor y baja el volumen. Observa las imágenes del interrogatorio del viejo.

Pulsa el botón de pausa cada vez que el preso cambia de postura —algo que sucede más bien poco—, e intenta descubrir quién se mueve antes. No consigue detectar la más mínima diferencia entre su sombra y el propio cuerpo. La precisión del vídeo no es buena y la cinta se atasca cada vez que reanuda la reproducción.

Busca algún indicio que le confirme que el viejo dice la verdad. Feliciano Cruz se siente ridículo. Aun así, no deja de bucear entre imágenes. Algo le dice que el viejo no mentía.

Se hace tarde y no consigue encontrar nada. Cansado, desiste y se marcha. Pero lleva la cinta con él, en casa podrá examinarla con calma.

En el coche piensa en lo estúpido de sus actos. Como si fuera un novato principiante, ha concedido un crédito absurdo a las palabras del acusado. Son basura, solo quiere librarse de la pena de muerte.

Llega a casa rendido, tenso. Aun así no tiene intención de acostarse. Se prepara un whisky y saca la cinta robada del bolso. La observa entre sus manos y, por un momento, imagina que encuentra, en efecto, lo que está buscando. La sombra del viejo se mueve un milisegundo antes que el propio viejo. Pero solo lo imagina. No se atreve a meter la cinta en el reproductor. Algo lo inquieta. Se mira en el espejo. No puede quitarse de la cabeza la conversación con el viejo.

Sin saber muy bien por qué, sale de nuevo a la calle y mete la cinta en el contenedor de basura que hay frente a su casa. El camión pasará de madrugada, se la llevará y en pocas horas será destruida. Es lo mejor, piensa.

Se siente estúpido. Es tarde, así que decide irse a dormir.

Desde la única ventana de su cuarto, observa pensativo la calle. Una mujer que pasea con su perro alza la cabeza y lo mira de casualidad. Él cierra la persiana con rudeza. Hasta abajo. Se quita la ropa de calle y se mete desnudo en la cama. Apaga la luz y los contornos se desvanecen. Los músculos al fin se relajan. Feliciano Cruz deja escapar un suspiro. El pelo libre, desordenado sobre la almohada. El cuarto completamente a oscuras. Sin una sola sombra. Al igual que una celda de castigo.

REMORDIMIENTOS

Después de mucho tiempo sin hacerlo, mi padre ha retomado su vieja rutina de visitarme cada noche en mi cuarto. Siempre fue una costumbre incómoda, extraña.

Cuando estoy a punto de dormirme, entra en silencio. Mi madre no lo sabe, por supuesto. Ella está segura de haber terminado con esas visitas nocturnas hace tiempo.

Cuando el silencio reina en la casa, mi padre se acerca despacio. Yo simulo estar dormida. Me acaricia el pelo y el rostro. También el cuello. Pero su mano no se desliza ya bajo las sábanas. Ahora es distinto. Sus besos se centran solo en mi frente. Después me arroja despacio, con ternura, y a mí me embarga una sensación agradable. Tal vez ya no sea una costumbre tan extraña al fin y al cabo. De no ser, claro, porque mi padre lleva muerto tres años.

CUSTODI ME A BESTIAM

Yo era un recién llegado cuando sucedió. En realidad no esperaba que ocurriese nada relevante durante mi visita. Mi intención era quedarme dos o tres semanas, entrevistarme con los habitantes del pueblo y conocer los parajes donde afirmaban haberlo visto. Jamás pensé que mi estancia en Corvelló fuera a convertirse en algo más que una simple búsqueda de información.

Cuando en marzo de 1956, Félix Barroso terminó sus estudios de antropología y tuvo que decidir el tema para su tesis, no tuvo ninguna duda. Convencido de que los seres de las leyendas que inundaban su tierra eran obra de la mente humana, estaba decidido a demostrarlo. Acérrimo defensor de la verdad científica, no creía en nada que sus ojos no pudieran ver. *Bestias de Leyenda, ¿mito o realidad?* Ese fue el título que escogió para su estudio.

Cuando era niño, mis padres me contaron cientos de historias sobre hombres que raptaban a los más pequeños y se los llevaban en el interior de un saco, o sobre personas corrientes que las noches de luna llena se transformaban en bestias horripilantes ávidas de sangre. Cuando crecí lo suficiente, necesité tiempo para comprender que no eran más que invenciones. Me sentí estúpido. Durante años había vivido obsesionado por aquellas historias. Mis padres, sin embargo, aún seguían empeñados en hacerme creer que eran reales. Como si yo siguiera siendo ese niño al que intentar convencer de que no debía levantarse de la cama a medianoche. A mí me exasperaba su actitud, no soportaba que siguieran tratándome así. Hasta que un día me di cuenta. Realmente creían en ellas. No me las contaban para atemorizarme, sino para intentar protegerme. Recuerdo que al cumplir los veintiuno, mi madre me regaló un colgante con una extraña cruz. Aseguré

que me mantendría a salvo de cualquier monstruo, y yo lo acepté de mala gana. Me costaba pensar que ellos creyesen en todas aquellas patrañas.

Quizá por eso Félix Barroso se decidió a llevar a cabo el estudio. Tenía que demostrar a sus padres que los monstruos no existían. Aunque ambos hubiesen fallecido años atrás en un accidente. Eso era lo de menos. Él sentía la necesidad de indagar en las historias que les habían inquietado toda su vida.

La primera parada elegida para el estudio fue Corvelló, un pequeño pueblo perdido en la sierra. La figura del licántropo siempre había llamado su atención y allí se hablaba de la existencia de uno de ellos. Buscó en la hemeroteca y encontró varios artículos de periódicos locales. Uno incluso mostraba fotos de personas desaparecidas en aquel pueblo. Hablaban de un extraño ser que vivía en los montes y que siempre había sido avistado en la noche. Se creía que o bien no podía ver la luz del sol o bien se transformaba en humano durante el día. Una mutación de la naturaleza, una maldición, quién sabe. Fuera lo que fuese, según aquellos textos llevaba años sembrando el terror en la zona.

Félix Barroso se puso en contacto con el alcalde para intentar organizar la visita. En el pueblo no había pensiones —solo quedaban seis habitantes—, pero algunas casas de antiguos vecinos permanecían intactas. Si para él no suponía un problema, podría habitar alguna de ellas durante las semanas que necesitase.

Llegó a Corvelló un viernes poco antes del mediodía. No había carretera que llegase hasta allí, así que tuvo que realizar los últimos seis kilómetros a pie. Aunque el invierno estaba llegando a su fin, aquella mañana nevaba ligeramente. El pueblo estaba rodeado de un espeso bosque. Oculto entre robles y matorrales, no vio ninguna casa hasta que estuvo a escasos metros. Todos los vecinos estaban esperándolo. No estaban acostumbrados a visitas y habían organizado una comida en su honor en casa del alcalde.

Durante el almuerzo, lo miraban de un modo extraño, sorprendidos quizá de que un joven de la capital se hubiera interesado en su historia. Susurraban entre ellos sin dirigirle palabra. Félix Barroso se sintió incómodo. El alcalde se levantó entonces ceremonioso y todos callaron. Con voz grave, pausada, hablaba recreándose en cada sílaba, el gesto firme, la vista clavada en el invitado. Félix Barroso se sintió aún más incómodo. El alcalde terminó su breve discurso preguntándole sobre los detalles de su investigación.

Él explicó que quería realizar un estudio sobre la bestia que rondaba el pueblo. Por supuesto no les dijo nada sobre sus verdaderas intenciones: demostrar que aquel monstruo era producto de la imaginación popular. Probablemente ellos estuvieran convencidos de su existencia y lo último que quería Félix Barroso era ofenderlos. Tal vez, si les hubiera dicho la verdad, no me habrían permitido quedarme.

Tras la comida, dimos un paseo por el pueblo. Yo creía que Corvelló constituía una pequeña aldea y me sorprendió comprobar que no era así. Había incluso algún edificio de cuatro plantas. En otros tiempos debían de haber vivido allí cientos de personas.

Después del paseo, el alcalde me mostró la casa donde iba a alojarme. En el fregadero aún quedaba un plato con restos endurecidos de lentejas. Los armarios estaban llenos de

ropa. Unas zapatillas viejas junto a la cama. Un periódico. Me instalé y descansé toda la tarde. Tenía pensado comenzar con las entrevistas a los vecinos a la mañana siguiente.

Al amanecer, el alcalde encontró muerto uno de sus corderos. Félix Barroso estaba desayunando una manzana cuando escuchó los gritos. Guardó la fruta a medio comer en el bolsillo y salió a ver qué sucedía. Los vecinos se habían reunido en torno al animal, las tripas estaban esparcidas por todo el establo. El olor a sangre impregnaba el aire. Los bosques estaban llenos de lobos, pensó en voz alta, no era tan raro que uno de ellos hubiese hecho una incursión nocturna para cazar. Las marcas de un lobo serían mucho menores, aseguró el alcalde. Aquellas pertenecían a una bestia más grande.

¿Quizá un oso?, preguntó. Y todos se giraron hacia él. Como si lo estudiaran, como si sopesaran si era digno de confianza. La mirada de los vecinos se prolongó algunos minutos. Él guardó silencio. Fue el alcalde de nuevo el único que pronunció palabra. Existía un ser oculto en las profundidades del bosque. Un ser que poseía garras en lugar de dedos. Uñas opacas, afiladas, podía destripar a un hombre de un solo zarpazo. Se alimentaba únicamente de carne y siempre estaba hambriento. Mitad humano, mitad bestia. Capaz de mutar su apariencia, podía ser incluso alguno de los que estaban allí presentes. Los vecinos habían dejado de mirarme con desconfianza, sus ojos reflejaban ahora el terror ante las palabras del alcalde. Ninguno de ellos lo había visto jamás, pero sabían que seguía vivo. Las últimas pruebas las tenían frente a sus ojos. La matanza de aquel cordero no podía haberla realizado otro animal, sentenció el alcalde. Era él.

Es evidente que no creí nada de lo que contó. Pero observé sus miradas serias, sus manos curtidas, y supe que iban en serio. No daba crédito. Aunque hubiese venido precisamente a eso, no podía comprender que aún existiesen pueblos en los que se creyera en semejantes fantochadas. Regresé a casa. Necesitaba anotar todo aquello.

Mientras escribía, jugueteaba con el colgante que me había regalado mi madre años atrás. Nunca me lo había quitado desde mi vigésimo primer cumpleaños. Una extraña cruz con una inscripción en latín. Yo no tenía ni idea de latín pero conocía su significado. Protégeme de la bestia.

Alrededor de una hora más tarde, llamaron a mi puerta. Vamos a organizar una batida en el bosque. Debes venir con nosotros. Pensé que sería mejor no llevarles la contraria, así que cogí lo primero que tenía a mano —un cuchillo de cocina algo oxidado—, y los seguí hasta la plaza.

Cuando todos estuvieron reunidos, el alcalde los organizó y salieron en busca de la bestia. El pueblo quedó vacío. Armados de azadones, guadañas y machetes, se adentraron en el bosque.

Félix Barroso partió en compañía de dos de sus vecinos. Observaba sus movimientos, tomando apuntes mentales para su estudio. Miraban en todas direcciones. Uno de ellos llevaba un azadón y el otro una guadaña. Él completaba la estampa con el cuchillo oxidado. No hablaron. Les hizo algunas preguntas, intentó iniciar conversación, pero no respondieron. Sujetaban con firmeza sus armas. Estaban pálidos. Fuese o no cierta la leyenda del monstruo, su miedo sí que era real.

Hasta que voluntariamente me despisté. Ellos estaban tan concentrados ante un ataque de la bestia que no advirtieron que me quedaba atrás. Estaba cansado. Rodeado de robles centenarios, me senté sobre una roca y saqué mi pequeño cuaderno. Necesitaba anotar todo, estaban sucediendo muchas cosas y no quería que nada se me olvidase. Se levantó algo de viento y un pensamiento absurdo infectó mi mente. Estaba solo, no había nadie ahora que me cubriese la espalda. Era la víctima perfecta para el monstruo.

Giré sobre mí mismo asustado, convencido de haber escuchado pisadas. Pero no había nadie. Ni siquiera el ruido del viento. Solo yo. No podía oír ya a ninguno de mis compañeros de batida, y probablemente ellos tampoco pudieran oírme. Comencé a gritar y comprobé que, en efecto, así era. Nadie respondió.

Félix Barroso observó un agujero entre las rocas. Durante siglos, el agua había ido escarbando el interior del monte dejándolo hueco. La zona estaba llena de cuevas. Aunque lo cierto es que aquel agujero parecía más la madriguera de un animal salvaje que una cueva formada de manera natural. Aquel sería el escondite perfecto para el monstruo del que hablaba la leyenda. Félix Barroso se levantó y se introdujo en él. Tuve que entrar reptando y, una vez dentro, descubrí que era más grande de lo que parecía. Me incorporé y comencé a caminar sin saber muy bien lo que buscaba. No sé por qué me metí, simplemente sentí la necesidad de hacerlo. La luz era escasa e iba menguando a cada paso. Todo estaba lleno de una especie de fango. Solo mi respiración rompía el silencio. La oscuridad comenzó a adueñarse de todo. Debí haberme dado la vuelta. Necesitaba palpar los relieves de las paredes para orientarme. Al cabo de un rato, cerré los ojos y comprobé aterrado que mi percepción no cambiaba en absoluto al hacerlo. No veía nada. Estaba perdido. Me maldije a mí mismo y continué caminando, debía encontrar la salida.

Guiándome con una mano y en la otra, tembloroso, el cuchillo, en realidad no creo que avanzase demasiado. Tal vez estuve caminando en círculo. A cada paso me costaba más dificultad respirar el aire estancado. Me senté un rato en el fango. No podía creerlo. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Ojalá el alcalde y los demás vecinos estuviesen buscándome. Me incorporé y seguí avanzando a tientas. Me pareció vislumbrar algo de nuevo. Sí, primero la débil silueta de mis manos, luego los brazos, las piernas y hasta los relieves de la pared cobraban forma de nuevo ante mis ojos. Según me acercaba a lo que en aquel momento creía la salida, la claridad iba haciéndose mayor. Pero aquello no era luz solar. Tintineante, parecía palpar como fuego. Atravesé una pequeña gruta y lo vi. En efecto, se trataba de un fuego que se resistía a duras penas a apagarse. Y junto a él, un bulto, una extraña figura.

El pulso se me aceleró. Tal vez sí existiese la bestia. Quizá las leyendas que me habían contado mis padres fueran ciertas después de todo. Introduje mi mano entre los pliegues de la camisa y agarré con fuerza el colgante de mi madre. Si alguna vez iba a necesitar su ayuda, sin duda aquel era el momento. Me acerqué despacio, asegurando bien cada uno de mis pasos. El sudor impregnado en el mango del cuchillo. La punta afilada, temblorosa, apuntando hacia la extraña figura.

A pocos metros descubrí que la figura no tenía nada de extraña en realidad. Era humana. Un anciano encorvado sobre sí mismo me observaba en silencio.

Los huesos se le marcaban profundamente. Su gesto poco se diferenciaba del de una calavera. Barba desaliñada. Piernas frágiles, encogidas. El rostro de aquel viejo me era de algún modo familiar aunque no recordaba por qué. Reposaba sobre un lecho de ramas secas. No parecía tener fuerzas para levantarse.

Félix Barroso se acercó y se arrodilló a su lado. Dejó caer el cuchillo en el suelo. Ninguno dijo nada. Estuvieron mirándose largo tiempo en silencio. Él sacó media manzana que guardaba en el bolsillo y se la ofreció. El viejo la cogió desesperado con ambas manos y la devoró en apenas unos segundos. Félix Barroso se incorporó y le ofreció la mano para que también se incorporara. El viejo lo miró y se aferró a su brazo con fuerza.

¡Suéltale, maldita bestia!

Aquel grito nos sobresaltó a los dos. Era la voz del alcalde. Me giré y descubrí a mis nuevos vecinos a pocos metros. Tal vez vieran cómo me introducía en la cueva y me siguieran. El alcalde estaba situado en el centro y nos miraba con autoridad. Los demás estaban muy alterados. Quise tranquilizarlos, decirles que no se trataba de la bestia sino de un pobre anciano. Pero no hubo tiempo. Todo sucedió muy deprisa.

Ellos nos apuntaban con sus armas sin avanzar, sin atreverse a moverse. Parecían muy asustados. Era solo un pobre viejo. No podía hacer daño a nadie. Me agarraba con su mano porque yo mismo le había ofrecido mi brazo para incorporarse, no quería lastimarme. No había nada que temer.

Tranquilo, dijo el alcalde. Lo mataremos antes de que te arranque el brazo.

¿Arrancarme el brazo? Si apenas tenía fuerza para levantarse. El alcalde era el único que parecía mantener la calma. Hizo un leve gesto con la mano y los demás dieron un paso hacia delante. La presión de sus armas se hizo más asfixiante sobre nosotros. Aunque apuntaban al viejo, yo también pude sentirla. Lo miré y recordé por qué su rostro me era tan familiar. Las fotos de los desaparecidos que encontré en aquel periódico. El viejo abrió la boca despacio y dejó escapar un murmullo inaudible. Ayúdame, me pareció leer en sus labios. Bajó la mirada y apretó sus dedos sobre mi brazo. Estaba temblando.

Debí convencerlos de que no lo mataran, era inofensivo. Probablemente el alcalde no me hubiese hecho caso, pero tal vez los demás me hubieran escuchado. Observé los azadones, guadañas y machetes que nos rodeaban inquietos. Sus rostros estaban desencajados. No cesaban de lanzar miradas al alcalde, fugaces, sumisas. Supe que serían capaces de cualquier cosa. Él, mientras, parecía haberse olvidado del viejo. Me observaba a mí con gesto serio. Sereno, firme. Yo también comencé a temblar.

Félix Barroso se agachó y recogió el cuchillo del suelo. Con un rápido movimiento de su brazo, lo deslizó por el cuello del anciano, que no tardó en desplomarse sobre el fango. No sé por qué lo hice.

Los vecinos se miraron incrédulos unos segundos, después comenzaron a gritar enloquecidos. Un charco de sangre iba extendiéndose junto al cuerpo del viejo. Todos me abrazaron entre exclamaciones de júbilo. Me había convertido en un héroe. Pero yo ni siquiera podía moverme. El alcalde estrechó mi mano en silencio, con una sonrisa de satisfacción en los labios. Cargaron el cuerpo del anciano entre varios y se encaminaron exaltados hacia la salida. No advirtieron que Félix Barroso no les seguía.

Me quedé allí, paralizado. Observé mis manos. Despreciables, manchadas de una sangre que comenzaba ya a resecarse. Me quité el colgante de mi madre y lo lancé al fuego, no había podido protegerme. Los gritos de los vecinos se escuchaban cada vez más lejos. La llama no tardó en extinguirse y la oscuridad lo invadió todo de nuevo.

Nunca nadie volvió a ver a Félix Barroso. Me dejé caer sobre el fango. Derrotado. Frío.

Silencio.

VACÍO

Se arrastra por el pasillo hasta la cocina. Aún en pijama. Pasos lentos y cortos, como se ha hecho habitual en él. Está anocheciendo. Se sirve una taza de té y se sienta en el butacón negro del salón frente a varios ejemplares de la prensa del día. Conoce de memoria las páginas donde anuncian las esquelas. Saca su cuaderno de cuadros y va apuntando los fallecimientos que se han producido en las últimas horas. Algunas gotas de lluvia golpean tímidamente la ventana.

En el ordenador busca detalles sobre los fallecidos —no vaya a ser que a alguien le dé por preguntar— y se hace un esquema con los datos que va descubriendo. Hay días en los que no encuentra información y prefiere no arriesgarse.

Hoy tiene suerte. La red está llena de información del difunto. José Manuel Ramírez Belloso. Fallecido a los sesenta y tres años de edad a las dos y veinte del martes 28 de enero de 2014. Su esposa, hijos y nietos no le olvidan.

Mira su reloj. El cuerpo debe reposar ya en el tanatorio. Según los datos que ha encontrado, en el de la avenida de los Claveles. No habrá problema.

Se viste de negro y se calza los zapatos que ella le regaló. Observa el cuadro del pasillo con la foto que se hicieron en el último viaje.

Sale a la calle. Se ha levantado un viento gélido y la llovizna amenaza con convertirse en tormenta. Se pone los guantes y se abrocha la gabardina hasta arriba. No toma el autobús. Prefiere caminar.

Lo primero que hace al entrar en el tanatorio, es meterse en el baño a limpiarse el sudor. Está pálido, incluso más de lo habitual. Se lava la cara y se peina con la mano. Se arregla un poco la camisa y suspira. Otra vez aquí.

Calienta los músculos de la cara haciendo muecas frente al espejo y, cuando cree estar listo, sale en dirección a la sala siete, donde José Manuel Ramírez Belloso y familia lo esperan.

En la sala habrá unas veinticinco personas. Normalmente suele encontrar más gente, pero tampoco está del todo mal. En una ocasión se equivocó en los cálculos y entró en un velatorio con solo cuatro personas, aquello sí que fue un error. Pero veinticinco no es un mal número. Si sabe escabullirse —y tiene experiencia de sobra—, pasará inadvertido.

Cabizbajo, camina arrastrando los pies hasta aproximarse a pocos metros del ataúd. Echa un ojo a su alrededor. Haciéndose el ausente en realidad estudia los demás rostros. Lleva tres años realizando la misma rutina y siempre ha salido bien. No está preocupado, tan solo alerta. Mantiene la tensión necesaria para no cometer errores.

El muerto fue director financiero de una empresa de cosméticos. A los veinte años, se casó con Esperanza Rivera, con la que tuvo tres hijos a los que llamaron José, Manuel y Ramiro. Los nombres de los nietos no los ha encontrado, pero eso no es importante. Si alguien le pregunta, dirá que es un compañero de trabajo, uno de sus subordinados. No tiene por qué saber el nombre de los nietos. Con aquello será suficiente si alguien entabla conversación.

No tarda en detectar a la viuda. Apoyada en la pared, con la mirada perdida. Lleva el pelo envuelto en un pañuelo y se esconde tras unas enormes gafas de sol. Está sola. Es buen momento.

Se acerca hasta ella y, sin mediar palabra, la rodea con sus brazos. La viuda se deja llevar y no pregunta —no suelen hacerlo—, solo se deja abrazar. Él tampoco dice nada, se limita a mirarla, a recrearse en cada detalle. A escasos centímetros, se recrea oliendo su piel. En esos momentos, todo el mundo huele igual.

Al cabo de unos minutos, deshace el abrazo. Ella musita algo en voz baja, casi inaudible. No quería irse, dice. ¿Por qué? Llévame a mí, Señor, llévame a mí. Después rompe a llorar.

Él no quiere llamar la atención, así que prefiere alejarse. Se sienta en una silla en un rincón. Allí pasará inadvertido.

Observa en silencio a los asistentes durante algunos minutos. La viuda reposa ahora en los brazos del que debe ser su hijo. Cuatro hombres charlan con una cerveza en la mano, los del *catering* han hecho bien su labor. Tres ancianas rodean el féretro mientras

lanzan suspiros entre aspavientos, no cesan de llorar un segundo. Un bebé gatea inseguro bajo la mirada de varias mujeres. Un par de adolescentes, arrimados a la mesa del *catering*, no paran de engullir sándwiches y medianoches de jamón y queso. Algunas parejas permanecen de pie en silencio. Un niño juega con un teléfono móvil.

En realidad, ellos son lo de menos. El aire fluye denso, cargado. En todas las miradas puede distinguirla. Las conversaciones dan igual, incluso las lágrimas. A saber si son sinceras. Lo único sincero aquí flota en el aire. Puede percibirse sin demasiado esfuerzo. Nítida y clara. Las paredes ocre, los sofás mullidos, incluso los sándwiches de jamón y queso. Todo es lo mismo. Hablan de fútbol, del bebé, del último examen de mates. Nada es real. Solo existe su olor inundándolo todo. Ese olor.

La viuda rompe a gritar esta vez. ¿Por qué? ¡Llévame a mí! ¡Llévame a mí!

Él está empezando a ponerse nervioso con la cantinela. Se levanta de golpe y se acerca al ataúd. Las viejas de los aspavientos siguen pegadas. No hay manera de tener un poco de intimidad con el muerto. Intentando evitar su mirada, se agacha sobre el cadáver y toca sus manos. Están heladas, rígidas. Lo habitual. Su cuerpo se estremece al contacto con la piel del difunto. Por unos segundos, puede sentirla de nuevo. Esboza una amarga sonrisa. Quizá sea lo único que le da algo de sentido a su vida. Si es que esto puede llamarse vida.

La tormenta se ha desatado y la lluvia golpea con violencia el tejado del tanatorio. Se escucha algún trueno. Él mira el rostro del muerto —relajado, sereno, en paz— y siente envidia.

No debe abusar, así que vuelve a sentarse en la silla del rincón. Cabizbajo. Un poco más tranquilo tal vez.

La viuda en un arranque de rabia se abalanza entre lágrimas sobre el féretro. ¡Llévame a mí! ¡No es justo! ¡No es justo!

Cuando la escucha decir el último *llévame a mí*, toma una decisión. Tarde o temprano, la viuda irá a dar un paseo ella sola. Siempre lo hacen. Necesitará un poco de aire y saldrá a caminar. Es la primera vez que va a hacer algo semejante. Un impulso. No lo piensa demasiado. Esta noche está especialmente sensible. Hoy se cumplen tres años sin ella.

Sentado al final del pasillo, tan solo tiene que esperar dos horas y cuarto. La puerta de la sala siete se abre y la viuda sale sin compañía, como había previsto.

Los pasillos son largos, oscuros, y a estas horas están desiertos. No será difícil abordarla sin que nadie lo vea. La mujer camina despacio, medio zombi. Se acerca sigiloso y la sujeta con rapidez por detrás. Ella se sobresalta pero no tiene tiempo de decir nada, una mano helada le cubre la boca. Él permanece quieto, sujetándola con firmeza.

Puedo matarte ahora mismo, le susurra al oído.

La viuda comienza a llorar —o más bien continúa haciéndolo, aunque el motivo ahora sea otro—, las piernas le ceden y, de no ser porque él la sostiene, caería en redondo sobre la moqueta.

¿De veras quieres reunirte con tu esposo?, le pregunta.

Ojalá alguien le hubiera hecho a él una oferta así alguna vez.

La viuda está temblando, balbucea palabras inconexas bajo la mano. Él afloja un poco la presión para dejarle hablar.

Por favor, solloza, no me mate.

Y él deshace el abrazo. A pesar de todo, la entiende. Ella se derrumba contra el suelo, como un animal muerto. Se levanta a trompicones y comienza a correr a duras penas. Ni siquiera mira hacia atrás. A pesar de todo, la entiende.

Decide marcharse. Es tarde. Sale del tanatorio despacio, en silencio. Se abrocha la gabardina negra, fuera hace frío y está oscuro. A pesar de la fuerza con que cayó la tormenta, el suelo está casi seco. Hoy hace justo tres años.

Camina con lentitud. Cabizbajo, arrastra los pies. De vez en cuando alza la mirada unos segundos, pero en seguida vuelve a bajarla. Es noche cerrada. Todo está vacío. Cuando llega a casa, aún está oscuro. Se mete en su piso desierto y baja las persianas. Nada se filtra del exterior, solo unas horas más tarde se llenará de vida.

UN PLATO DE ALBÓNDIGAS

Saco un filete de pollo del frigorífico y enciendo el fuego bajo la sartén. Mientras el aceite se calienta, comienzo a preparar una ensalada para acompañar. Enciendo el televisor de costumbre.

—No hay nada que podamos hacer. —La voz quebrada de un hombre interrumpe mis pensamientos—. Estamos desesperados, nuestro hijo ha visitado docenas de hospitales y nadie ha sido capaz de diagnosticar su dolencia. Hemos recurrido a todo. Incluso nos han visitado varios sacerdotes.

—De hecho —interrumpe la reportera—, uno de los sacerdotes que los ha visitado desapareció ese mismo día. ¿Tiene usted idea de qué pudo ocurrirle?

—La policía me ha dicho que no diga nada en televisión. Están investigando. Salió de casa asustado. Estuvo cerca de media hora a solas con Isaiah y huyó. No sé qué pudo ocurrirle. Esté donde esté, espero que el Señor pueda ayudarle —concluye.

Muestran en pantalla unas imágenes del sacerdote desaparecido. No puedo creerlo. Conozco esa cara. Phill Callaghan. Uno de mis compañeros del seminario. Hace años que no lo veo, pero no hay duda. No tenía ni idea de que hubiese desaparecido.

—Señor Miller —la reportera hace una pequeña pausa—, ¿cree usted que su hijo puede estar sufriendo algún tipo de posesión?

—No sé lo que le pasa a mi hijo, señorita. Solo nuestro Señor lo sabe.

Sale humo de la sartén. El aceite está a punto de arder. Apago el fuego y me siento en el sofá. Frente al televisor. La reportera pregunta si pueden subir al cuarto de Isaiah, quieren grabar al niño.

—No quiero que molesten a mi hijo —sentencia el señor Miller.

Una fotografía, eso es lo único que les va a enseñar.

—Si alguien pudiera ayudarnos —solloza mientras muestra la imagen del niño a cámara—, le estaríamos eternamente agradecidos.

Veo el rostro del niño y no tengo ninguna duda. Sé cómo debo actuar. Ya lo he hecho otras veces.

Tres días más tarde, me encuentro frente a la granja de los Miller. Viven apartados de todo. El pueblo más cercano está casi a veinte millas y ninguna otra casa se adivina en los alrededores.

—Padre. —Raymond Miller sale a recibirme al portón de metal que da la bienvenida a la granja—, le agradezco su presencia.

Un pequeño camino sin asfaltar separa el portón de la entrada a la casa. Raymond Miller camina en silencio delante de mí. Su andar parece cansado. La espalda encorvada. Manos hinchadas. Aparenta más edad de la que en teoría ha de tener.

A ambos lados del camino, ramas secas, tierra revuelta y vacía. Esto debe de haber sido un huerto no hace tanto tiempo. Flota un olor desagradable, rancio.

Al llegar a la puerta, el señor Miller se gira hacia mí.

—Disculpe a mi esposa y a mi hija —dice al tiempo que alarga el brazo señalando el otro extremo de la finca. Miro hacia el lugar y observo a ambas. La niña está montada en un columpio. La mujer empuja. Parecen felices. Como ajenas al horror que están viviendo—. No quiero molestarlas. Y usted al que ha venido a conocer es a mi hijo.

—Así es —contesto sin vacilar—. Ardo en deseos de conocerlo. Me gustaría verlo a solas, ¿sería posible?

—Lo siento, padre, es mejor que vayamos los dos. Mi hijo es miedoso y no quiero que se asuste. Nunca lo dejo solo, espero que lo comprenda.

—Lo entiendo —contesto. Recuerdo la frase que el señor Miller pronunció en televisión sobre la desaparición del padre Callaghan: “Estuvo cerca de media hora a solas con Isaiah y huyó”.

Preparo mi equipo —una Biblia, un rosario y un pequeño frasco de agua bendita—, y subimos al cuarto del pequeño. Las persianas están bajadas casi por completo. Solo un pequeño hilo de luz se filtra a través de ellas.

—¿Quién es este señor, papá? —El tono dulce de su voz contrasta con la mirada de odio. Está tumbado en la cama y en sus manos sostiene un cuento infantil. Su rostro está lleno de heridas a medio cicatrizar. Parece un caso de libro.

—Hola, hijo —le digo mientras me acerco. Raymond Miller se queda en el umbral—. He venido a ayudarte.

El niño me mira. Ambos permanecemos en silencio unos segundos. Una ligera sonrisa comienza a asomar en la cara de Isaiah, despacio, sutil.

—Mátame —susurra. El aire apenas sale de sus pulmones. Deja escapar una sonrisa mientras lo observo en silencio—. Mátame, por favor, si es verdad que quieres ayudarme.

Es obvio que el que habla no es el pequeño Isaiah. Intercambio una mirada con Raymond Miller. Destapo el frasco de agua bendita y, sin pensármelo, la lanzo sobre el pecho del niño.

—¡El señor esté contigo! —grito.

El pequeño se revuelve en la cama. Intenta abalanzarse sobre mí pero algo se lo impide. Está encadenado.

—¡Maldito viejo! ¡Te arrepentirás! ¡Voy a matarte!

Vuelve a intentar alzarse para agredirme. Los ojos inyectados en sangre. Apenas puede mover los brazos unos quince o veinte centímetros. Las cadenas aprietan sus muñecas.

Tomo la Biblia y comienzo a leer algunos versos. Continúo rociándolo con agua bendita. Aúlla como un lobo. Sus ojos se han vuelto blancos. Las heridas cicatrizadas se abren. Señor, ayúdame.

—¡Cerdo asqueroso! ¡Voy a comerme tus entrañas!

Raymond Miller permanece en el umbral. Nos observa horrorizado. Saco el rosario y lo pongo frente a los ojos del niño. Responde con más gritos. Intensos, agudos. Comienza a convulsionarse. Una de las cadenas que lo sujetan se rompe. Caigo al suelo de espaldas. No me lo esperaba. Raymond Miller se sujeta al marco de la puerta y a punto está también de perder el equilibrio.

—¡Sal de Isaiah, demonio! —le grito desde el suelo.

Un aullido del niño me hace estremecer. No parece humano. Se revuelve con violencia. Me levanto y cojo de nuevo el frasco de agua bendita. La mano de Raymond Miller me detiene.

—Basta —susurra.

—¿Qué dice? Lo estamos consiguiendo. El demonio está a punto de ser vencido. Voy a expulsarlo.

—Debe parar. No puedo ver sufrir así a mi hijo.

—Señor Miller, este no es Isaiah. Déjeme a solas con él unos minutos y le prometo que sanaré a su hijo.

—Está usted haciéndole daño. ¿Acaso no escucha sus gritos?

—¡El que grita no es Isaiah! ¡No le escuche!

—Salga del cuarto, padre, por favor.

—¿Pero... no comprende?

—Mañana podrá continuar. —La mano del granjero aprieta mi brazo. Su mirada no deja lugar a dudas—. Quédese a dormir y mañana podrá terminar el trabajo empezado. Ahora hemos de salir y dejarle descansar.

No tengo más remedio que obedecer. Desde el umbral me giro y miro al niño. Me devuelve la mirada con una sonrisa en los labios.

—Vuelva pronto, padre. Me siento muy solo aquí sin usted.

Raymond Miller cierra la puerta y me abalanzo sobre él.

—¿Por qué no me ha dejado terminar? ¿Está usted loco?

—¿Ha venido a mi casa a insultarme? —La voz del granjero suena irritada. Tras un breve silencio, añade—: Mire, le agradezco su ayuda pero no puedo ver sufrir así a mi hijo. Isaiah necesita reposo, mañana podrá continuar. No hay nada más que hablar.

Comprendo que debo obedecerle si quiero ayudar a ese niño, así que me instalo a regañadientes en el cuarto de invitados. No salgo hasta que mi anfitrión me llama para cenar.

Me siento a la mesa. La señora Miller y su hija no pronuncian palabra. Se limitan a servirnos un plato de albóndigas caseras. Permanecen en silencio. Yo tampoco me dirijo a ellas.

—Señor Miller, disculpe si he podido ofenderle. Solo he venido a intentar ayudar a su hijo.

—Y yo se lo agradezco, es usted muy valiente. —El granjero me ofrece un poco de vino. Yo asiento con la cabeza.

—No lo soy, solo cumplo con mi deber con el Señor.

—Sí, pero los demás curas huyeron con solo ver a mi hijo. Solo Phill Callaghan fue tan valiente como usted.

—Pero él también terminó huyendo.

Raymond Miller comienza a destripar despacio, una a una, las albóndigas. Segundos después, vuelve a alzar la vista hacia mí.

—Usted no lo entiende, padre.

—En efecto —lo interrumpo—. ¿Por qué me ha frenado esta tarde? ¿Por qué no me ha dejado continuar?

—Usted no tiene hijos.

—Es duro, señor Miller, pero allí arriba no está su hijo. No está allí, es solo su cuerpo. Déjeme ayudarlo a que regrese.

—No puede entenderlo, padre. Ya se lo he dicho.

—¿El qué no puedo entender?! —Estallo. Quiero ayudar a ese pobre niño y el principal obstáculo parece ser su padre.

Todos callan. La señora Miller coge a su hija de la mano y se van en silencio.

—Mire, padre —Raymond Miller se muestra sereno mientras mastica con lentitud una de las albóndigas—, antes de que todo esto ocurriera, mi familia y yo vivíamos de la granja. Nunca tuvimos grandes lujos pero teníamos para comer. Un par de malas cosechas, una sequía que duró demasiado y nos arruinamos. No teníamos dinero ni siquiera para alimentar a nuestros hijos. ¿Sabe lo que es eso? No, no puede saberlo. Su destino era morir de hambre. Era horrible. Estábamos hundidos. Iban a quitarnos la granja y no teníamos dónde caernos muertos.

—No entiendo a dónde quiere llegar. ¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Qué tiene que ver con la posesión de su hijo?

Raymond Miller parece sopesar con detenimiento qué palabras elegir. Deja que el silencio se dilate. Unos segundos después, se decide a hablar de nuevo.

—¿Sabe usted cuánto nos pagaron el otro día por el reportaje que usted vio en televisión? —No.... no entiendo qué quiere decir. Su voz calmada me estremece. No puede ser—. Me pagaron mucho más de lo que yo ganaba con la granja en un mes cuando las cosas iban bien. No tengo elección, padre, no me mire así. Entiéndalo, ¿ha visto a mi hija? Hoy no habría cenado si no hubiese sido por el reportaje del otro día. La semana que viene vendrá otro periodista. También nos pagarán. He dicho que no me mire así, por favor. Usted no puede entenderlo.

—¿Entonces...? —apenas consigo articular palabra—, ¿entonces todo esto es un fraude?

—¿Y eso qué más da, padre? Si mi hijo está enfermo o poseído, no importa. ¿Y si solo estuviera fingiendo? ¿Cree que a los periodistas les interesa la verdad? Ellos tienen su historia y yo tengo un plato de comida para mi familia. No es tan malo esto que estamos haciendo, ya ve.

—Usted ha enloquecido.

—Le pedí que no me insultara, padre.

—Déjeme ayudarlo. Por favor. Será mejor para todos. —Mis palabras se amontonan desesperadas—. No diré nada a nadie de lo que me ha contado. De verdad. Pero déjeme sanar a su hijo. Les daré donaciones de la Iglesia, lo que necesiten. Por favor, deme su permiso para ayudar a Isaiah. Su hijo merece una oportunidad. Mañana mismo podré curarle.

—Padre, mañana usted no va a hacer nada.

—¿Pero por qué? ¡Permítame hacerlo!

—Es usted muy testarudo, al igual que su compañero el padre Callaghan.

—¡Déjeme intentarlo mañana, se lo suplico!

—Mañana no va usted a hacer nada, ya se lo he dicho.

—¿De qué está hablando? —El tono de su voz me alarma. Comienzo a sentirme mareado—. ¿Qué me ocurre?

—Relájese, padre. No pasa nada. Solo relájese.

—¿Qué ha dicho usted del padre Callaghan?

—Espero que lo entienda, no puedo dejar que cuente usted la verdad.

Me levanto pero pierdo el equilibrio y caigo contra el suelo. Intento decir algo pero no soy capaz. Todo comienza a oscurecerse. El aire se estanca. No puedo moverme. Raymond Miller se levanta despacio y se acerca hasta mí. ¿Qué está haciendo? Me mira con gesto de gravedad y se santigua. Quiero hablar pero los músculos no me responden. Los párpados me pesan, mis ojos se cierran.

—Perdóname, señor —musita.

—¡Papá! —La voz lejana de Isaiah retumba desde el piso superior—. ¡Papá, tengo hambre!

—Tranquilo, hijo —responde Raymond Miller. Su voz resuena en mi cabeza como un eco lejano. No sé si he dejado ya de respirar. Hago un último esfuerzo y abro los ojos. Veo al granjero servir un plato con albóndigas—. No te preocupes, Isaiah, mi vida —dice—, ya te subo la cena.

NO ME OLVIDES

Aunque la camisa estaba perfecta, él no paraba de recolocarla una y otra vez. Sabía que aquel jueves sería uno de los días más importantes de su vida. Para ella también iba a ser un día que recordaría siempre, pero aún no podía siquiera sospecharlo.

El centro comercial estaba repleto. Era la tercera vez en su carrera que la artista visitaba la ciudad y no era muy habitual que prodigase su tiempo en firmar autógrafos. Pero aquella tarde la productora la obligaba a permanecer dos horas y media sentada tras una mesa donde, uno a uno, iban desfilando sus seguidores. Ella apenas los miraba.

Él se había puesto su camisa blanca y se había impregnado medio cuerpo con su perfume favorito. Pequeñas manchas de sudor en las axilas. Contaba las personas que faltaban para que llegase su turno desde el momento en que llegó a la fila hacía ya varias horas. Al principio eran ciento cincuenta y tres, ahora ya solo quedaban cinco.

El tema central del disco se escuchaba en todo el mundo, las ventas superaban cualquier previsión. Aun así, la productora había considerado necesario llevar a cabo aquel acto.

Una mujer bajó de la tarima con su disco firmado mientras él la seguía con la mirada. Solo cuatro. Sujetaba agarrotado un ramo de rosas negras, las preferidas de la cantante. No paraba de mover a tirones la otra mano. Como si de un ritual se tratara, se atusaba el pelo, se recolocaba la camisa y la guardaba en uno de los bolsillos del pantalón. Pocos minutos después volvía a repetir la secuencia.

Ella levantó la vista despacio hacia el final de una fila que se le antojaba interminable. No lo sabía, claro, pero el acto acabaría mucho más rápido de lo que suponía. Solo quedaban tres personas en realidad.

Él se revolvía inquieto. Hacía mucho calor allí dentro. Daba igual. Era ella. No podía creerlo. Se volvió a colocar la camisa y metió la mano en el bolsillo. Al tocar el metal, sintió un escalofrío.

El baile nervioso de sus pies iba incrementándose según se acercaba a la tarima. Solo había dos personas ya delante. Un señor cuarentón que parecía avergonzarse de estar allí y una quinceañera que no podía disimular la sonrisa. Él no sonreía, estaba demasiado tenso. El señor cuarentón se despachó rápido y llegó el turno de la quinceañera.

A él se le cayó el ramo de las manos. Se agachó a recogerlo y reunió las flores a trompicones. Las sostuvo a duras penas con su mano derecha, mientras metía de nuevo la otra mano en el bolsillo. La sacó para atusarse el pelo y volvió a meterla. Tenía la necesidad de comprobar continuamente que la pistola seguía allí.

Nunca me quedo con la cara de mis fans, había declarado ella esa misma mañana, no recuerdo ninguna, se me olvidan.

Por fin la quinceañera bajó correteando feliz. Su turno. Se secó el sudor de la cara, respiró hondo y subió a la tarima.

Dejó caer el ramo de rosas negras sobre la mesa. Ella las miró indiferente. Él no traía discos que firmar. No dijo nada. Sacó la mano que aún guardaba escondida en el bolsillo y apuntó la pistola directamente a su cara. Ella se quedó paralizada. Y así permanecieron durante algunos segundos, observándose en silencio. Él no disparó. Nunca tuvo intención de hacerlo.

No me olvides por favor, fue lo único que dijo segundos antes de que los guardaespaldas lo redujeran.